

LAUTARO YANKAS

DE LA LITERATURA NÓCIVA

---

CIERTA sucesión alarmante de hechos cuyo origen conviene examinar, están golpeando la conciencia del hombre actual desde la segunda década de nuestro siglo, vale decir, desde la “puerta de escape” de la Primera Guerra Mundial. Tales hechos, no sólo dramáticos, sino pavorosos en sí y de proyección alucinante sobre la estructura social que nos sostiene, luego de rebrotar y proliferar, han hallado nuevos caminos tras la segunda masacre “civilizada” en el lapso 1940-1945, cuando las últimas costuras de nuestra cacareada convivencia se rompían cínicamente en nombre de los principios democráticos. Los intereses, los apetitos, el temor del desastre, concertaron pactos, pisotearon tratados y la tierra se encontró de nuevo en silencio, un silencio de campo de batalla donde ya sólo quedaba sueño y muerte. La tónica de la nueva existencia —sentirse vivir y complacerse en la miseria y la muerte—, con el desprecio y la náusea por una conciencia social y una moral que sirviera a los traficantes del comercio internacional y del armamentismo, justificaba la caída del mundo romántico, embelesado y necio. Tras la revelación, los pueblos amanecían dispuestos a escuchar sus propias voces y sus ansias hasta ayer reprimidas por los viejos y soberbios tabús . . . El subconsciente camina hoy por la tierra con los mismos ojos que ayer manejara la conciencia y que miran de un modo estrávido y fascinante. A la filosofía del carácter que impuso la guerra, sucede la filosofía del abismo en torno al cual la humanidad ronda y aguarda. La “ley de la guerra” arrasó ciudades, violó hogares, calcinó la virtud atesorada, destrozó la familia y al hecho siguió el arranque individual, el temperamento vital y la rebeldía, el personal destino del hombre y de la mujer. Tal me imagino el panorama social

del presente en la Europa occidental, EE. UU. de Norteamérica y gran parte de Sudamérica, las zonas que padecieron en carne propia el drama de las dos guerras y aquellas que soportaron sus consecuencias económicas. El mundo socialista entraría en estudio aparte.

La desarticulación creciente e incontenible de la sociedad, a cuyo proceso asistimos asombrados y cavilosos, pese a que conocemos muchas de sus causas, entre las cuales cursan las ya apuntadas, junto con auxiliarse en una filosofía cuya esencia no es del caso explicar ni valorizar, encuentra su expresión sensible en la literatura y la plástica, la música, la radio, la televisión, el cine. El arte, en su acepción cabal, tiene por fin expresar la belleza. Hoy, en medio de un mundo que oscila entre el instinto y la alucinación, poseedor de una conciencia ensoberbecida por la derrota de los ideales humanísticos, el arte aparece como un fruto insólito, nacido del temperamento acosado por una realidad que reniega del arquetipo. El arte intenta construir la nueva belleza con simples elementos, limpios de sentimentalismos y lirismos fallaces. El cuadro mural o el lienzo de caballete, la escultura, la música, avanzan sobre esta tesis. ¿Qué hace la literatura? La novela y el cuento ya no surgen desde el ser hacia la naturaleza externa; caminan sigilosa o furiosamente desde fuera hacia los abismos, hasta ayer menospreciados, del ser. Sin embargo, la literatura sigue válida como expresión de belleza por vía de la palabra, aunque el planteamiento de una novela y su composición y textura distorsionen los moldes consagrados. El examen de la obra de arte impondrá de todos modos un concepto valorativo en que apuntan nuevas facetas para una definición satisfactoria. Siempre existirá el límite y la línea de cisura que separe la creación superior, de la arenga sectaria o política, del folletín policial, del artilugio pornográfico. La novela se define como un proceso de vida, reflejo de la existencia universal. Vida exterior, acción, o vida interior, o lo uno y lo otro en unidad armoniosa. Por su gravitación estructural, la novela recoge en su cauce las sustancias vitales e irradiantes del mundo, los fenómenos humanos y cósmicos. Esta característica resulta hoy de especial trascendencia en relación con los hechos que genera la vida contemporánea. La universalidad de sus medios integrativos hace que la novela incursione con decisión, genio y audacia en complejos y tenebrosos espacios y repliegues de la existencia humana. Ninguna faceta le está vedada. De ahí que la novela constituya uno de los factores

decisivos en la formación de una conciencia colectiva, de una evidencia social saludable o perniciosa.

El escritor escucha el llamado de su espíritu sumergido en el mundo viviente y crea la obra literaria, reflejo de su trance, o simplemente narra el drama de ese mundo. Es generada así la obra de arte, instrumento y venero de belleza, fluye la emoción y es escuchado el mensaje del espíritu. Concebida la obra superior, es definida por el juicio social como arquetipo de belleza. La novela, como la estatua, la sinfonía o el cuadro, surge incorruptible. La belleza supera, pues, en su expresión formal y sensible, todo concepto restringido, toda apariencia reticente. Desde este punto de vista, de la verdad estética, no podría ejercer influencias subalternas. Pero el conglomerado humano en nuestros días registra un escaso número de espíritus que convivan en la emoción estética. El resto se satisface con los elementos simples, objetivos, sensoriales o ideológicos alcanzables a su naturaleza común. Para este conglomerado, el desnudo en la estatua, el realismo sublimado o cruento de la novela calificada, constituyen sus inmediatos y decisivos puntos de referencia. Existe, pues, en torno al creador de belleza, cierto universo crepuscular o entenebrecido, donde luchan influencias contradictorias y nefastas. Es la selva social, ese mundo carnal indefinible y siempre amenazante en su incierto destino. El auge de la sensualidad y del morbo de los instintos es el principal efecto de tales turbulencias mentales.

La novela, y junto a ella el cuento, en cuyos espacios inmersos la gravitación humana parece a veces incontenible, tiene en Francia, durante el siglo XIX, un auge y un sentido de honda trascendencia social. La característica del género, ya examinada —narración de sucesos reales o ficticios y descripción de caracteres y tipos— asume un significado creciente e inédito en la pluma de Balzac (1799-1850); de los Goncourt; de Daudet (1840-1897); de Maupassant (1850-1893); de Flaubert (1821-1880), y de Zola (1840-1902). En todos ellos el espíritu francés parece culminar un proceso cultural y se enfrenta a la realidad humana, excava en ella y entrega un testimonio múltiple de valor psicológico, biológico e histórico, en cuya vivencia la belleza irradia transfundida con lo existencial y permanente de un pueblo y una época. Pues bien, esta literatura ha calado hondo en la mentalidad de aquel siglo y sobre todo del presente, acaso más que por su signo estético por su contenido humano encauzado en las diversas fórmulas del realismo psicológico y del naturalismo. *Eugenia Gran-*

*det*, *Renata Mauperin*, *Safo*, *El buen mozo* y *Bola de Sebo*, *Madame Bovary*, *Naná*, entre muchos otros títulos de los autores nombrados, contienen tal poder de sugestión sensorial que su calidad literaria no logra atenuar su peligrosa irradiación en el lector común.

El examen y las valoraciones que anteceden permiten alcanzar el aserto de que la obra literaria superior, por razones emanadas del temperamento creador, de la escuela literaria en boga o de factores imponderables generados en el ambiente, puede ser nociva para una mayoría social y constituir por ello un peligro su difusión indiscriminada. Tal sucedería con una delicada droga concebida para ayudar a la humanidad amenazada por un mal temible, si el medicamento fuese entregado al comercio para su adquisición arbitraria.

A la extraordinaria sugestión anímica y social ejercida por la literatura francesa en el mundo moderno, agreguemos los efectos del realismo existencialista bebido en los escombros de una cultura ampulosa y vacía, en las elucubraciones de una filosofía clínica y en las afirmaciones experimentales de Freud, Adler y Jung sobre el subconsciente. El novelista, atraído por el vórtice en que se mueven el hombre y la mujer de nuestro tiempo, o prisionero de su miseria y de su angustia, mueve a su arbitrio los elementos y recursos de su acervo, en una medida y tono que escarnecen los cánones conocidos. Sobre el materialismo científico de Zola se adelanta la visión alucinada de la materia viva bajo autopsia integral. Al novelista no le preocupa ya una estética intrascendente, sino la expresión abismal, imprevisible, de su mundo y de su yo.

La literatura surgida tras la Primera Guerra Mundial acusa la pulsación de aquel conjunto humano destruido en su unidad armónica. Aparece la novela de la guerra y de la postguerra; es la novela de integración social que refleja y remueve en su entraña los problemas económicos, biológicos y políticos derivados de la tragedia. Recordemos solamente *El fuego*, de Barbusse; *Sin novedad en el frente*, de Remarque; *Cuatro de infantería*, de Johansen; *Hombres en la guerra*, de Latzko, en los cuales el drama del hombre-masa concreta la nueva tónica de vida universal. Esos y muchos otros libros proyectan desde su fondo candente una inagotable emoción humana y un aliento anímico irresistible. El factor estético se sutaliza en esta combustión de la realidad categórica y la conciencia afiebrada. La novela social, que traduce en su unidad de creación superior el drama del hombre

emocional, no podría ser considerada dentro de la literatura "comprometida" o intencionada. Las zonas en que se genera la obra literaria pueden ser en todo momento identificadas y esclarecidas.

Hemos hablado de la obra literaria como expresión de arte, de su irradiación, que en ciertos casos contribuye a exaltarla y sublimarla y en otros se proyecta de modo contradictorio e inquietante sobre el ente colectivo.

Junto a la creación superior, brota y prolifera en nuestro "mundo libre", la *subliteratura*, cuya producción satisface plenamente la voracidad del lector de nuestra época. Esta subliteratura campea jubilosa en los mercados de "cultura", en bibliotecas públicas y privadas y supera en la proporción de 100 contra 1 a la literatura calificada. Su forma dominante es la novela y su diversificación queda al alcance del cerebro más simple: novela erótica (pornográfica), policial, de aventura y terror. La libertad de prensa, condición social celosamente proclamada y defendida en nuestra convivencia republicana, crea el campo propicio para el cultivo de los bajos apetitos y la oscura sensibilidad del hombre colectivo. La pasión bastarda, el adulterio, el egoísmo primario, el odio, la vanidad, el instinto pervertido, la patriotía, componen el fondo y el móvil de esta literatura, que elaborada para complacer el estrato social más bajo, hoy se apodera y satura el alma y el pensamiento de casi la totalidad de nuestra población. En el bolsón del escolar, en el velador del burgués, en el cuarto de la niña púdica se atesoran esos libritos manuales y gratos, en cuyas tapas brilla el puñal sobre el seno desnudo de una vampiresa, o agoniza un aventurero junto a su amiga que lo ha envenenado sobre el lecho de la orgía. La intriga alucinante y el triunfo de todos los vicios son los centros viscerales de estas narraciones; ellas generan en el lector un trasfondo opresivo y morboso que en adelante no podrá conformarse con otro tipo de lecturas. La carencia de esa droga mental privará a la víctima del gusto de vivir y de horizonte. El hombre colectivo, ya poseído por el morbo, vive y convive en una atmósfera mefítica en que la perversión del instinto y del sentimiento constituyen su denominador.

La exploración del mercado ha permitido a esta subliteratura mejorar los variados tipos de su producción. El lenguaje sonoro, coloreado, vivaz, que oculta a veces a un buen escritor a sueldo, hinca su garra en la mente del público y determina una nueva y excitante imagen del mundo y su devenir; sugiere a la

víctima caminos insospechados. La literatura sosa, que antaño prendía su telaraña falseando la naturaleza y su contacto con la verdad, apenas si cuenta hoy con lectores en ciertos reductos provincianos. La acosada sensibilidad de nuestro siglo castigado por la delirante "batería" de una civilización electromecánica ofrece al observador actual el aspecto de la criatura famélica que gesticula y aúlla con sus fauces siempre abiertas y los ojos dilatados a la espera del manjar que nunca podrá saciarla. Las sensaciones lacerantes y los flogonazos del delirio traerán fatalmente el vacío de la nada y con él de nuevo la avidez vesánica. La subliteratura se ha señalado tan insólita misión: saturar el cerebro desintegrado de esa civilización ya dominada por el progreso material individualista y mercantil y en consecuencia torpemente disfrutado por una conciencia rebelde. Su macabra influencia se confunde con la que aquélla está consumando. Así, pues, la subliteratura, generada sobre un concepto mercantil repudiable, sólo se propone aplicar combustible al enfermo mecanismo humano, sin preocuparse en ningún momento de curarlo de su morbo.

En determinados períodos de la historia humana, el mundo se ha visto dividido en grupos de ideología social antagónica. El fenómeno se ahonda con la difusión de una literatura política agresiva. Baste recordar lo sucedido con la aparición del nazismo y del comunismo. Se habla con vocabulario democrático, de "literatura política" y se sugiere el peligro de su propagación garantizada por el principio de la libertad de expresión. El aserto hoy universalmente acogido de la relatividad de los valores, sumado a los resultados inquietantes que señala el examen crítico de la estructura democrática, intervienen, quizá, en favor de esta actitud tolerante frente a la divulgación de las más opuestas doctrinas políticas, sociales y religiosas. El mundo democrático y el mundo totalitario, se observan en estos instantes con miras a una confrontación pacífica y salvadora en que bondades y defectos, virtudes y vicios deberán ser iluminados y corregidos. Por lo demás, la difusión de esta subliteratura está supeditada a factores internos, principalmente económico-políticos, y a otros de índole externa que nos parece obvio señalar.

En los países de la Europa Occidental y en todo el continente americano, gran parte de la subliteratura se vacía en denso caudal sobre la prensa periódica: el diario-magazine y el semanario o revista de actualidad. El examen de este tipo de periodismo durante los últimos cincuenta años, nos permite deducir que la crisis social que soportan los pueblos en esta hora de prueba,

habrá de ser cargada en gran parte a la irresponsabilidad espiritual de esa prensa. El imperativo de la "noticia", contra el cual no cabe interferencia, crea el impacto nacional de tipo político, económico, policial o simplemente humano. El sensacionalismo es su resorte decisivo y en nuestra época constituye el instrumento más eficaz ejercitado sobre la vida colectiva y la conciencia del individuo. El delito común, la perversión sexual, la intriga escandalosa, son manejados diestramente por la hoja impresa que en pocas horas inunda la geografía nacional con la pasión insana y el horror del crimen. La verdad psicológica de que una idea es mejor captada cuando más variadas sensaciones la canalizan no ha sido olvidada por esta prensa y la "noticia" es ilustrada con la imagen del cadáver, del puñal chorreante o el desnudo de la heroína.

El libreto radial es otra foma de subliteratura y su éxito está asimismo condicionado por el gusto del público. El teatro radial prefiere los temas de intriga pasional y delictuosa, todo aquello que logre despertar el temible subfondo humano.

El cine, elevado por algunos a la jerarquía de séptimo arte, se inclina desembozadamente a la complacencia vulgar. Los elementos propios que lo definen y caracterizan exaltan su propia intimidad, su universo de hechizo, en el cual se ennoblece el tema más ligero y manido. El libreto o guión es compuesto teniendo en cuenta casi siempre factores secundarios antes que la finalidad de la obra de arte. Los argumentos se acomodan a la figura del actor o de la actriz y el tema de una novela maestra es distorsionado y mutilado por razones "técnicas". Los ejemplos de obras de arte cinematográfico son escasos y ellos significan la salvaguardia espiritual de esta maravillosa invención del hombre. Podría, pues, ser definido como un tipo de literatura teatral, cuyo extraordinario poder de sugestión lo coloca entre los hallazgos más efectivos de la ciencia aplicada a la escenografía. Por las causas que indicamos, el cine ejerce una influencia negativa, desde que no se inspira en un código de superación espiritual del ambiente y sólo mira al interés comercial. El gangsterismo a toda orquesta, la intriga de salón o de suburbio en que la sexualidad expele su vaho en la alternativa de la acción y en la actitud de los personajes centrales ilustran su finalidad. El busto de una mujercita retaca y la onda carnal electrizada de cierta heroína de escándalo frente al machismo de un galán de sainete, resumen los recursos mejor explotados por los grandes productores del "séptimo arte".

La televisión cumple en Europa y América un destino semejante al logrado por el cine, aunque en plano secundario. Su porvenir parece seguir los pasos de aquél, así como sus consecuencias insinúan el mismo peligro en un mañana próximo. Alimentada, como el cine, por el guión o libreto, refleja la preferencia popular y elabora todo aquello que la satisfaga. La información sensacional y el teatro estremecido y delirante polarizan su iniciativa.

Los conceptos esbozados sobre la convivencia humana en relación con las influencias favorables o adversas que la literatura ejerce sobre el medio viviente, sobre su alma, su conciencia y su destino, destacan la importancia y gravedad del problema. Plantean asimismo una responsabilidad.

El "mundo libre" ha contado y cuenta con un don preciado e incorruptible para el hombre de espíritu: la libertad de pensamiento y de expresión. Sabido es que esta libertad es valiosa para el individuo y para la sociedad cuando es bien conducida y orientada y ha logrado dentro del ser y del organismo social un ritmo, un acento esencial, un equilibrio. Si en algunas democracias europeas la libertad se identifica con la conciencia cultivada de un pueblo, no sucede lo mismo en la vida chilena. Entre nosotros la libertad domina y desarticula el conjunto social y en su nombre se prevarica, se engaña, se calumnia. En nombre de la libertad de prensa se embriaga y se intoxica a la población infantil, al adolescente y al adulto. La subliteratura y sus derivados tocan todos los cerebros y allí dejan su ligera y penetrante semilla. Nadie intenta evitarlo.

En toda sociedad existen núcleos vitales sobre los cuales ella descansa y camina: la familia, el colegio, la potestad estatal. Si se plantea una responsabilidad en relación con el problema de la literatura nociva debemos buscarla en esos núcleos fundamentales.

El hogar de hoy, tanto en Occidente como en el mundo colectivista, ha perdido su unidad tradicional. En Europa y América, salvo poquísimas excepciones, el hombre y la mujer comparten la responsabilidad familiar en una suerte de equilibrio de poderes; los hijos asimismo actúan con creciente autodeterminación. La integrada equivalencia de los sexos en todos los campos de la sociedad actual aflojó la potestad absoluta del padre, estimuló el libre juego de las individualidades. Las exigencias y los tropiezos económicos acentuaron la conversión del grupo familiar autoritario en una comunidad razonadora en que cada miembro asume

un papel más o menos responsable. En Oriente —tomemos a China Popular como ejemplo— la nueva estructura social ha colocado a la mujer al nivel del hombre, en un vuelco total de su condición infamante que la hacía indigna de todo trabajo responsable. Las necesidades del esfuerzo común intensivo y los nuevos deberes han roto la potestad feudal del padre; ahora gravitan el sentimiento y la conciencia de la familia, alimentados por el ideal social de la nueva existencia sustentada en cada individuo útil. El ablandamiento y la rectificación del mecanismo familiar en los dos mundos hasta hoy antagónicos, tiene incidencias totalmente diversas, claramente desfavorables para Occidente. A determinado ideal de vida, cultivado y propagado en toda China a través de sus organismos vitales, el mundo democrático opone una familia desintegrada y caótica. La quiebra de los valores morales precipitada por las dos guerras mundiales corrompió al mismo tiempo la conciencia y las normas de vida de los padres y los exhibió al desnudo en sus miserias íntimas, en su egoísmo y en su limitación mental. Con la dispersión de la vida familiar tal evidencia provocó la rebeldía y la autodeterminación de los hijos, que no vieron en sus mayores comprensión ni afecto. El despertar de la juventud frente a los padres encuentra nuevo estímulo en la angustia económica y en la escasa cultura de sus progenitores. Por otra parte, en los hogares de la pequeña y alta burguesía los hijos crecen en manos de sirvientas zafias, pues ni la madre ni el padre permanecen en casa. ¿Qué puede hacer el hogar en tales condiciones para defender al niño y al adolescente de la influencia de una prensa morbosa, del libro infame, del cine y de la radio que lo seduce y lo convierte poco a poco en un obsesivo o en un delincuente precoz? El noventa por ciento de los hogares del mundo libre está abierto al flagelo corruptor de la subliteratura. La escasa instrucción y la superficial cultura de los padres los coloca entre las primeras víctimas. Digamos que en China Popular sólo circula la literatura inspirada en la vieja historia de ese pueblo, en la epopeya de la revolución y en la nueva vida conquistada.

Una educación dirigida y flexible, como índice e instrumento de la conciencia social, estaría en nuestro país en condición privilegiada para higienizar y orientar la mente del niño, el adolescente y el adulto. Puede hacerlo a través del colegio, en las asignaturas pertinentes y por medio de los organismos de extensión cultural en un plan anual de conferencias, versión radial y bibliotecas móviles.

Pues bien, el problema de la literatura nociva emana principalmente de la tarea que incumbe a los organismos ya indicados.

El niño que llega a nuestros colegios primarios se hechiza ante el libro de cuentos y sus dibujos deslumbrantes de gracia y colorido. Puedo afirmar que en la mayoría de los casos esos libros no han sido leídos por el bibliotecario o el profesor. El mismo hecho se produce con los niños de los cursos superiores y algo parecido sucede en los colegios secundarios. El niño y el adolescente leen al azar y el azar decide su sensibilidad espiritual y su personalidad. Pero hay algo tanto o más grave en el proceso de la educación chilena. Pese a los progresos de la docencia, los programas de materias han sido ordenados sin sujeción a la psicología del alumno. Enjuicio en esta ocasión los programas de castellano y literatura. En los colegios secundarios se hace trabajar al alumno con materias que sólo pueden tener un interés teórico, en circunstancias que el muchacho busca ansiosamente el testimonio actual que pueda saciar su curiosidad de vida emocional. Es la oportunidad para que el profesor entre a examinar la producción literaria nacional y extranjera que pueda ser útil a la clase y saludable para el alma expectante del escolar. Pues bien, a cambio de lo que una certera educación exige, el programa, anacrónico, letal, le administra al alumno de cuarto año de humanidades, por ejemplo, ¡literatura española arcaica! En quinto y sexto años, se continúa con materias absurdamente desvinculadas de las inquietudes, los anhelos y los hechos vitales del país y del mundo en general. Contados son los profesores que vivifican el programa con alguna iniciativa encomiable. La especialización excesivamente libresca del pedagogo, orientada hacia una erudición personalizada sin provecho para el liceo, provoca esta vacuidad en la enseñanza de la lengua patria y la literatura. La resistencia manifestada por el alumno desde los primeros cursos se canaliza rápidamente en el libro clandestino saturado de acción y de instinto. Cabe recalcar que una mayoría de pedagogos en castellano y literatura es extraña a un concepto ordenado de la creación literaria nacional. En cambio son eruditos en gramática o literatura española.

Es de urgencia la estructuración de un plan bien delineado e integrado sobre educación literaria, con miras a orientar la mente del escolar y del adulto y a generar en ellos una conciencia saludable, aprovechando el rico material que ofrece la creación literaria chilena y americana sin olvidar las grandes obras

de perfil universal. Cierta literatura española del pasado, que hoy se prodiga en nuestros colegios, sería válida como sumario antecedente para la comprensión de lo actual. La indiscriminada imposición docente sólo consigue encender la rebeldía clandestina o abierta en el alumno.

La responsabilidad de las bibliotecas no puede recaer en aficionados. La idoneidad del cargo debe estar supeditada al conocimiento del fondo bibliográfico que se le encomiende y a un nivel de cultura general y pedagógica que le permita una actuación atinada y provechosa. El niño o el adulto que entra a una biblioteca muestra a veces la timidez del enfermo que llega en busca de auxilio médico. La biblioterapia podrá constituir un día la más sublime de las ciencias.

Estructurado el plan de educación literaria de acuerdo con las líneas sugeridas, y como parte, quizás, de una reforma integral de la educación chilena, el problema de la literatura nociva habrá sido superado o reducido a una dimensión inocua.